

Luz de Sol

Ese día decidí salir muy temprano. Eran las 5:45 de la mañana cuando dejé la casa. Con la idea de evitar al máximo el tráfico, decidí viajar antes del amanecer. Aún medio dormido, emprendí el viaje hacia el este, hacia la salida del sol. Después de unos minutos en la oscuridad los primeros destellos de luz se reflejaban en el horizonte. Desperté un poco más.

Semi-despierto, como en automático, manejaba hipnotizado hacia aquel bello color que adornaba el final del asfalto. Un conejo silvestre, al cruzar la autopista delante de mí, me hizo despertar por completo. Salvo aquel sobresalto, causado por mi amigo orejón, el viaje era de lo más placentero, no había tráfico, no había calor, nada me mortificaba. Mientras conducía iba admirando todo el entorno, los valles, la vegetación y hasta uno que otro conejo intrépido.

Unos minutos después, cuando el sol levantó, su luz empezó a molestarme. Era tal su intensidad, y su luz me daba tan de lleno, que el destello me nublaba la vista y me incomodaba mucho al manejar. "Mugroso sol, me lleva la...", empecé a vociferar para mí. Estiré mi espalda y cuello al máximo para quedar recto, como soldadito, y evitar al molesto astro.

Con todo y los malestares llegué a mi destino, pasé el día con mis asuntos y por la tarde decidí partir antes del anochecer. Emprendí el viaje de retorno, el sol aún estaba en su horario de trabajo, eran quizás las 6 de la tarde. Sus rayos, quemantes aún, calentaban el auto y lo convertían en un horno ambulante, "que molestia con este pin... sol", repetí mi recital. Mientras avanzaba de regreso, al oeste, él siguió a mi lado, pues por más insultos que le dediqué no cesó en su ardiente labor. Después de unos kilómetros aún estaba alto e iluminaba mi camino, pero ya sin la intensidad de algunas horas antes.

El camino de vuelta estaba resultando muy cómodo, su claridad me facilitaba el manejo y el calor que derrite había pasado. Pero cual viejo travieso aún tenía algo reservado para mí. En el transcurso de su despedida diaria se posó exactamente a la altura de mi ángulo visual, parecía que me dirigía hacia él y su luz una vez más entorpecía mi camino. Buscaba mantener mi vista baja para evitar verlo directamente, pero más de una vez, al levantar la vista para observar el retrovisor, me interceptó su luz cegadora y dejó mi visión en negro. Parecía reprenderme por mirar hacia atrás.

Después de un rato el sol bajó un poco más. Ahora un color rojizo embellecía el camino de vuelta. Su luz aún iluminaba mi marcha, pero ya no molestaba en lo más mínimo, todo lo contrario. Era un espectáculo reconocer en cada kilómetro recorrido un nuevo color en el horizonte, una nueva imagen del mundo. Por momentos se veía el sol parcialmente tapado por alguna nube, suceso que más que empañar hacía más hermosa la escena. Era como aquel niño que juega a esconderse rogando que lo descubras. Este maravilloso espectáculo duró muchos kilómetros más, parecía que se resistía a las leyes naturales y hacía un esfuerzo sobrenatural por seguir guiando mi camino. Sus curvas redondas y perfectas ya no se podían ver, pero su luz aún se observaba en el horizonte. Yo sólo disfrutaba la función, como aquel que observa su película favorita.

Por desgracia la película no sería eterna, finalmente su luz menguó y el espectáculo terminó. Ya no me molestaba su cegante fuerza pero tampoco iluminaba mi camino. De vuelta a mis pensamientos, como el que sale del cine y sigue con su vida, volví a concentrarme en el camino. Era la primera vez que tomaba esa carretera y no conocía bien la ruta. Sabía que debía encontrar un letrero para tomar el camino a casa, pero bajo el oscuro manto de la noche lo perdí. Finalmente tomé un camino que me alejaba de mi destino, cuando me di cuenta del error tuve una sensación de total desamparo... entonces me pregunté ¿en dónde está el sol? El desvío me costó una hora más de manejo. Después de lamentarme, una vez más, me relajé y de pronto me acordé de ti, "le llamaré el fin de semana", pensé, pero lo olvidé y no lo hice. No te hablé más... hasta hoy y aquí.

El sol iluminó mis primeros pasos con tal benevolencia que su presencia me regocijaba. Conforme avancé su luz me mostró el camino, no sin enseñarme que éste no es siempre un paseo por las nubes. Un poco después desprecié su presencia y supuse que no me merecía, sólo quería aprovechar su luz pero no quería pagar el precio. Con el camino recorrido me di cuenta que no sólo fastidiaba mi vida, también la hacía más fácil. Cuando finalmente estuve convencido de su belleza, se fue, y entonces valoré lo importante que era en mi recorrido.

Hoy, aquí, reflexioné y entendí que nunca habría visto la luz sin ti. Hoy, aquí, reflexioné y entendí que, al igual que el sol, iluminaste mi vida. Hoy, aquí, reflexioné y entendí que tu luz me guió en la vida. Hoy, aquí, reflexioné y entendí que allí tendida de nada te sirve mi reflexión. Hoy, aquí, por más que reflexiono no entiendo por qué reflexioné hasta hoy y aquí.